

car ni á cuestras ni arrastrando. No tenia, cuando en estos trabajos me via, otro remedio ni consuelo sino pensar en la pasion de nuestro redemptor Jesucristo y en la sangre que por mí derramó, y considerar cuánto mas seria el tormento que de las espinas él padesció que no aquel que yo entonces sufría. Contrataba con estos indios haciéndoles peines, y con arcos y con flechas y con redes. Haciamos esteras, que son casas, de que ellos tienen mucha necesidad; y aunque lo saben hacer, no quieren ocuparse en nada, por buscar entre tanto qué comer, y cuando entienden en esto pasan muy gran hambre. Otras veces me mandaban raer cueros y ablandarlos; y la mayor prosperidad en que yo allí me vi era el día que me daban á raer alguno, porque yo lo raia muy mucho y comia de aquellas raeduras, y aquello me bastaba para dos ó tres días. Tambien nos aconteció con estos y con los que atrás habemos dejado, darnos un pedazo de carne y comérmolo así crudo, porque si lo pusieramos á asar, el primer indio que llegaba se lo llevaba y comia; parecíanos que no era bien ponerla en esta ventura, y tambien nosotros no estábamos tales, que nos dábamos pena comerlo asado, y no lo podiamos tan bien pasar como crudo. Esta es la vida que allí tuvimos, y aquel poco sustentamiento lo ganábamos con los rescates que por nuestras manos hecimos.

CAPITULO XXIII.

Cómo nos partimos después de haber comido los perros.

Después que comimos los perros, pareciéndonos que teniamos algun esfuerzo para poder ir adelante, encomendámonos á Dios nuestro Señor para que nos guiase, nos despedimos de aquellos indios, y ellos nos encaminaron á otros de su lengua que estaban cerca de allí. E yendo por nuestro camino llovió, y todo aquel día anduvimos con agua, y allende de esto, perdimos el camino y fuimos á parar á un monte muy grande, y cogimos muchas hojas de tunas y asámoslas aquella noche en un horno que hecimos, y dímosles tanto fuego, que á la mañana estaban para comer; y después de haberlas comido encomendámonos á Dios y partimonos, y hallamos el camino que perdido habiamos; y pasado el monte, hallamos otras casas de indios; y llegados allá, vimos dos mujeres y muchachos, que se espantaron, que andaban por el monte, y en vernos huyeron de nosotros y fueron á llamar á los indios que andaban por el monte; y venidos, paráronse á mirarnos detrás de unos árboles, y llamámosles y allegáronse con mucho temor; y después de haberlos hablado, nos dijeron que tenían mucha hambre, y que cerca de allí estaban muchas casas de ellos propios, y dijeron que nos llevarian á ellas; y aquella noche llegamos adonde habia cincuenta casas, y se espantaban de vernos y mostraban mucho temor; y después que estuvieron algo sosegados de nosotros, allegámonos con las manos al rostro y al cuerpo, y después traian ellos sus mismas manos por sus caras y sus cuerpos, y así estuvimos aquella noche; y venida la mañana, trajéronnos los enfermos que tenían, rogándonos que los santiguásemos, y nos dieron de lo que tenían para comer, que eran hojas de tunas y tunas verdes asadas; y por el buen tratamiento que nos hacian, y porque aquello que tenían nos lo daban de buena ga-

na y voluntad, y holgaban de quedar sin comer por dárnoslo, estuvimos con ellos algunos días; y estando allí, vinieron otros de mas adelante. Cuando se quisieron partir dijimos á los primeros que nos queriamos ir con aquellos. A ellos les pesó mucho, y rogáronnos muy ahincadamente que no nos fuésemos, y al fin nos despedimos de ellos, y los dejamos llorando por nuestra partida, porque les pesaba mucho en gran manera.

CAPITULO XXIV.

De las costumbres de los indios de aquella tierra.

Desde la isla de Mal-Hado, todos los indios que hasta esta tierra vimos, tienen por costumbre desde el día que sus mujeres se sienten preñadas no dormir juntos hasta que pasen dos años que han criado los hijos, los cuales maman hasta que son de edad de doce años; que ya entonces están en edad que por sí saben buscar de comer. Preguntámosles que por qué los criaban así, y decían que por la mucha hambre que en la tierra habia, que acontecia muchas veces, como nosotros viamos, estar dos ó tres días sin comer, y á las veces cuatro; y por esta causa los dejaban mamar, porque en los tiempos de hambre no muriesen; y ya que algunos escapasen, saldrían muy delicados y de pocas fuerzas; y si acaso acontece caer enfermos algunos, déjanlos morir en aquellos campos si no es hijo, y todos los demás, si no pueden ir con ellos, se quedan; mas para llevar un hijo ó hermano, se cargan y lo llevan á cuestras. Todos estos acostumbran dejar sus mujeres cuando entre ellos no hay conformidad, y se tornan á casar con quien quieren; esto es entre los mancebos, mas los que tienen hijos permanescen con sus mujeres y no las dejan, y cuando en algunos pueblos riñen y traban cuestiones unos con otros, apuñéanse y apaléanse hasta que están muy cansados, y entonces se desparten; algunas veces los desparten mujeres, entrando entre ellos; que hombres no entran á despartirlos; y por ninguna pasion que tengan no meten en ella arcos ni flechas; y desde se han apuñeado y pasado su cuestion, toman sus casas y mujeres, y vanse á vivir por los campos y apartados de los otros, hasta que se les pasa el enojo; y cuando ya están desenojados y sin ira, tórnanse á su pueblo, y de ahí adelante son amigos como si ninguna cosa hobiera pasado entre ellos, ni es menester que nadie haga las amistades, porque de esta manera se hacen; y si los que riñen no son casados, vanse á otros sus vecinos, y aunque sean sus enemigos, los resciben bien y se huelgan mucho con ellos, y les dan de lo que tienen; de suerte que cuando es pasado el enojo, vuelven á su pueblo y vienen ricos. Toda es gente de guerra y tienen tanta astucia para guardarse de sus enemigos, como ternian si fuesen criados en Italia y en continua guerra. Cuando están en parte que sus enemigos los pueden ofender, asientan sus casas á la orilla del monte mas áspera y de mayor espesura que por allí hallan, y junto á él hacen un foso, y en este duermen. Toda la gente de guerra está cubierta con leña menuda, y hacen sus saeteras, y están tan cubiertos y disimulados, que aunque estén cabe ellos no los ven, y hacen un camino muy angosto y entra hasta en medio del monte, y allí hacen lugar para que duerman las mujeres y niños, y cuando

viene la noche encienden lumbres en sus casas para que si hobiere espías crean que están en ellas, y antes del alba tornan á encender los mismos fuegos; y si acaso los enemigos vienen á dar en las mismas casas, los que están en el foso salen á ellos y hacen desde las trincheas mucho daño, sin que los de fuera los vean ni los puedan hallar: y cuando no hay montes en que ellos puedan de esta manera esconderse y hacer sus celadas, asientan en llano en la parte que mejor les parece, y cercanse de trincheas cubiertas de leña menuda, y hacen sus saeteras, con que flechan á los indios; y estos reparos hacen para de noche. Estando yo con los de agueneas, no estando avisados, vinieron sus enemigos á media noche, y dieron en ellos y mataron tres y hirieron otros muchos; de suerte que huyeron de sus casas por el monte adelante, y desde sintieron que los otros se habian ido, volvieron á ellas y recogieron todas las flechas que los otros les habian echado, y lo mas encubiertamente que pudieron los siguieron, y estuvieron aquella noche sobre sus casas sin que fuesen sentidos, y al cuarto del alba les acometieron y les mataron cinco, sin otros muchos que fueron heridos, y les hicieron huir y dejar sus casas y arcos, con toda su hacienda; y de ahí á poco tiempo vinieron las mujeres de los que se llamaban quevenes, y entendieron entre ellos y los hicieron amigos, aunque algunas veces ellas son principio de la guerra. Todas estas gentes, cuando tienen enemistades particulares, cuando no son de una familia, se matan de noche por asechanzas, y usan unos con otros grandes crueldades.

CAPITULO XXV.

Cómo los indios son prestos á un arma.

Esta es la mas presta gente para un arma de cuantas yo he visto en el mundo, porque si se temen de sus enemigos, toda la noche están despiertos con sus arcos á par de sí y una docena de flechas; y el que duerme tiente su arco, y si no le halla en cuerda, le da la vuelta que ha menester. Salen muchas veces fuera de las casas bajados por el suelo, de arte que no pueden ser vistos, y miran y atalayan por todas partes para sentir lo que hay; y si algo sienten, en un punto son todos en el campo con sus arcos y flechas, y así están hasta el día, corriendo á unas partes y otras donde ven que es menester ó piensan que pueden estar sus enemigos. Cuando viene el día tornan á aliojar sus arcos hasta que salen á caza. Las cuerdas de los arcos son niervos de venados. La manera que tienen de pelear es abajados por el suelo, y mientras se flechan andan hablando y saltando siempre de un cabo para otro, guardándose de las flechas de sus enemigos; tanto, que en semejantes partes pueden rescebir muy poco daño de ballestas y arcabuces; antes los indios burlan de ellos, porque estas armas no aprovechan para ellos en campos llanos, adonde ellos andan sueltos; son buenas para estrechos y lugares de agua; en todo lo demás, los caballos son los que han de sojuzgar, y lo que los indios universalmente temen. Quien contra ellos hobiere de pelear ha de estar muy avisado que no le sientan flaqueza ni codicia de lo que tienen, y mientras durare la guerra hanlos de tratar muy mal; porque si temor les

conocen ó alguna codicia, ella es gente que saben conocer tiempos en que vengarse, y toman esfuerzo del temor de los contrarios. Cuando se han flechado en la guerra y gastado su municion, vuélvense cada uno su camino, sin que los unos sigan á los otros, aunque los unos sean muchos y los otros pocos; y esta es costumbre suya. Muchas veces se pasan de parte á parte con las flechas, y no mueren de las heridas si no toca en las tripas ó en el corazon, antes sanan presto. Ven y oyen mas y tienen mas agudo sentido que cuantos hombres yo creo que hay en el mundo. Son grandes sufridores de hambre y de sed y de frio, como aquellos que están mas acostumbrados y hechos á ello que otros. Esto he querido contar aquí, porque allende que todos los hombres desean saber las costumbres y ejercicios de los otros, los que algunas veces se vinieren á ver con ellos estén avisados de sus costumbres y ardidés, que suelen no poco aprovechar en semejantes casos.

CAPITULO XXVI.

De las naciones y lenguas.

Tambien quiero contar sus naciones y lenguas, que desde la isla de Mal-Hado hasta los últimos hay. En la isla de Mal-Hado hay dos lenguas; á los unos llaman de Caoques, y á los otros llaman de Han. En la Tierra-Firme enfrente de la isla hay otros que se llaman de Chorruco, y toman el nombre de los montes donde viven. Adelante, en la costa del mar, habitan otros que se llaman doguenes, y enfrente de ellos otros que tienen por nombre los de Mendica. Mas adelante en la costa están los guevenes, y enfrente de ellos, dentro en la Tierra-Firme, los mariames; y yendo por la costa adelante, están otros que se llaman guaycones, y enfrente de estos, dentro en la Tierra-firme, los iguaces. Cabo de estos están otros que se llaman atayos, y detrás de estos otros acubadaos, y de estos hay muchos por esta vereda adelante. En la costa viven otros llamados quitoles, y enfrente de estos, dentro en la Tierra-Firme, los avavares. Con estos se juntan los maliacones y otros cutalchiches, y otros que se llaman susolas, y otros que se llaman comos, y adelante en la costa están los camoles, y en la misma costa adelante otros á quien nosotros llamamos los de los ligos. Todas estas gentes tienen habitaciones y pueblos y lenguas diversas. Entre estos hay una lengua en que llaman á los hombres por mira acá, arre acá, á los perros xó; en toda la tierra se emborrachan con un humo, y dan cuanto tienen por él. Beben tambien otra cosa que sacan de las hojas de los árboles, como de encina, y tuéstanla en unos botes al fuego, y después que la tienen tostada hinchén el bote de agua, y así lo tienen sobre el fuego, y cuando ha hervido dos veces, échanlo en una vasija y están enfriándola en media calabaza; y cuando está con mucha espuma bébenla tan caliente cuanto pueden sufrir, y desde que la sacan del bote hasta que la beben están dando voces, diciendo que quién quiere beber. Y cuando las mujeres oyen estas voces, luego se paran sin osarse mudar, y aunque estén mucho cargadas, no osan hacer otra cosa, y si acaso alguna de ellas se mueve, la deshonran y la dan de palos, y con muy gran enojo derraman el agua que tienen para beber, y la que han bebido la tornan á

lanzar, lo cual ellos hacen muy ligeramente y sin pena alguna. La razon de la costumbre dan ellos y dicen que si cuando ellos quieren beber aquella agua las mujeres se mueven de donde les toma la voz, que en aquella agua se les mete en el cuerpo una cosa mala, y que dende á poco les hace morir, y todo el tiempo que el agua está cociendo ha de estar el hote atapado; y si acaso está desatapado y alguna mujer pasa, lo derraman y no beben mas de aquella agua; es amarilla, y están bebiéndola tres días sin comer, y cada día bebe cada uno arropa y media de ella, y cuando las mujeres están con su costumbre no buscan de comer mas de para sí solas, porque ninguna otra persona come de lo que ellas traen. En el tiempo que así estaba, entre estos vi una diablura, y es, que vi un hombre casado con otro, y estos son unos hombres amarionados impotentes, y andan tapados como mujeres y hacen oficio de mujeres, y tiran arco y llevan muy gran carga, y entre estos vimos muchos de ellos así amarionados como digo, y son mas membrudos que los otros hombres, y mas altos; sufren muy grandes cargas.

CAPITULO XXVII.

De cómo nos mudamos y fuimos bien recibidos.

Después que nos partimos de los que dejamos llorando, fuimos con los otros á sus casas, y de los que en ellas estaban fuimos bien recibidos, y trujeron sus hijos para que les tocásemos las manos, y dábanos mucha harina de mezquiquez. Este mezquiquez es una fruta que cuando está en el árbol es muy amarga, y es de la manera de algarrobas, y cómese con tierra, y con ella está dulce y bueno de comer. La manera que tienen con ella es esta: que hacen un hoyo en el suelo, de la hondura que cada uno quiere; y después de echada la fruta en este hoyo, con un palo tan gordo como la pierna, y de braza y media en largo, la muelen hasta muy molida; y demás que se le pega de la tierra del hoyo, traen otros puños, y échanla en el hoyo y tornan otro rato á moler, y después échanla en una vasija de manera de una espuerta, y échanle tanta agua, que basta á cubrirla, de suerte que quede agua por cima, y el que la ha molido pruébala, y si le parece que no está dulce, pide tierra y revuélvela con ella, y esto hace hasta que la halla dulce, y asíéntanse todos al rededor, y cada uno mete la mano y saca lo que puede, y las pepitas de ella tornan á echar sobre unos cueros, y las cáscaras; y el que lo ha molido las coge y las torna á echar en aquella espuerta, y echa agua como de primero, y tornan á exprimir el zumo y agua que de ello sale, y las pepitas y cáscaras tornan á poner en el cuero, y de esta manera hacen tres ó cuatro veces cada molidura; y los que en este banquete, que para ellos es muy grande, se hallan, quedan las barrigas muy grandes, de la tierra y agua que han bebido; y de esto nos hicieron los indios muy gran fiesta, y hobo entre ellos muy grandes bailes y areitos en tanto que allí estuvimos. Y cuando de noche durmíamos, á la puerta del rancho donde estábamos nos relaban á cada uno de nosotros seis hombres con gran cuidado, sin que nadie nos osase entrar dentro hasta que el sol era salido. Cuando nosotros nos quisimos partir de ellos, llegaron

allí unas mujeres de otros que vivian adelante; y informados de ellas dónde estaban aquellas casas, nos partimos para allá, aunque ellos nos rogaron mucho que por aquel día nos detuviésemos, porque las casas adonde íbamos estaban léjos, y no había camino para ellas, y que aquellas mujeres venian cansadas, y descansando, otro día se irian con nosotros y nos guiarían; y así, nos despedimos; y dende á poco las mujeres que habían venido, con otras del mismo pueblo, se fueron tras nosotros; mas como por la tierra no había caminos, luego nos perdimos, y así anduvimos cuatro leguas, y al cabo de ellas llegamos á beber á un agua adonde hallamos las mujeres que nos seguían, y nos dijeron el trabajo que habían pasado por alcanzarnos. Partimos de allí llevándolas por guía, y pasamos un rio cuando ya vino la tarde, que nos daba el agua á los pechos; sería tan ancho como el de Sevilla, y corría muy mucho, y á puesta del sol llegamos á cien casas de indios; y antes que llegásemos salió toda la gente que en ellas había, á recibirnos con tanta grita, que era espanto, y dando en los muslos grandes palmadas; traían las calabazas horadadas, con piedras dentro, que es la cosa de mayor fiesta, y no las sacan sino á bailar ó para curar, ni las osa nadie tomar sino ellos; y dicen que aquellas calabazas tienen virtud, y que vienen del cielo, porque por aquella tierra no las hay, ni saben dónde las haya, sino que las traen los rios, cuando vienen de avenida. Era tanto el miedo y turbacion que estos tenían, que por llegar mas presto los unos que los otros á tocarnos, nos apretaron tanto, que por poco nos hobieran de matar; y sin dejarnos poner los piés en el suelo nos llevaron á sus casas, y tantos cargaban sobre nosotros y de tal manera nos apretaban, que nos metimos en las casas que nos tenían hechas, y nosotros, no consentimos en ninguna manera que aquella noche hiciesen mas fiesta con nosotros. Toda aquella noche pasaron entre sí, en areitos y bailes, y otro día de mañana nos trajeron toda la gente de aquel pueblo, para que los tocásemos y santiguásemos, como habíamos hecho á los otros con quien habíamos estado. Y después de esto hecho, dieron muchas flechas á las mujeres del otro pueblo que habían venido con la suyas. Otro día partimos de allí, y toda la gente del pueblo fué con nosotros; y como llegamos á otros indios, fuimos bien recibidos, como de los pasados; y así, nos dieron de lo que tenían, y los venados que aquel día habían muerto; y entre estos vimos una nueva costumbre, y es, que los que venian á curarse, los que con nosotros estaban les tomaban el arco y las flechas, y zapatos y cuentas, si las traían, y después de haberlas tomado, nos las traían delante de nosotros para que los curásemos; y curados, se iban muy contentos, diciendo que estaban sanos. Así nos partimos de aquellos, y nos fuimos á otros, de quien fuimos muy bien recibidos, y nos trajeron sus enfermos, que santiguándolos decían que estaban sanos; y el que no sanaba, creía que podíamos sanarle; y con lo que los otros que curábamos les decían, hacían tantas alegrías y bailes, que no nos dejaban dormir.

CAPITULO XXVIII.

De otra nueva costumbre.

Partidos de estos, fuimos á otras muchas casas, y desde aquí comenzó otra nueva costumbre, y es, que recibiéndonos muy bien, que los que iban con nosotros los comenzaron á hacer tanto mal, que les tomaban las haciendas y les saqueaban las casas, sin que otra cosa ninguna les dejasen; de esto nos pesó mucho, por ver el mal tratamiento que á aquellos que tan bien nos recibían se hacia, y tambien porque temíamos que aquello sería ó causaría alguna alteracion y escándalo entre ellos; mas como no éramos parte para remediarlo, ni para osar castigarlos que esto hacían, hobimos por entonces de sufrir, hasta que mas autoridad entre ellos tuviésemos; y tambien los indios mismos que perdian la hacienda, conociendo nuestra tristeza, nos consolaron, diciendo que de aquello no rescibiésemos pena; que ellos estaban tan contentos de habernos visto, que daban por bien empleadas sus haciendas, y que adelante serian pagados de otros que estaban muy ricos. Por todo este camino teníamos muy gran trabajo, por la mucha gente que nos seguía, y no podíamos huir de ella, aunque lo procurábamos, porque era muy grande la priesa que tenían por llegar á tocarnos; y era tanta la importunidad de ellos sobre esto, que pasaban tres horas que no podíamos acabar con ellos que nos dejasen. Otro día nos trajeron toda la gente del pueblo, y la mayor parte de ellos son tuertos de nubes, y otros de ellos son ciegos de ellas mismas, de que estábamos espantados. Son muy bien dispuestos y de muy buenos gestos, mas blancos que otros ningunos de cuantos hasta allí habíamos visto. Aquí empezamos á ver sierras, y parecia que venian seguidas de hácia el mar del Norte; y así, por la relacion que los indios de esto nos dieron, creemos que están quince leguas de la mar. De aquí nos partimos con estos indios hácia estas sierras que decimos, y lleváronnos por donde estaban unos parientes suyos, porque ellos no nos querian llevar sino por do habitaban sus parientes, y no querian que sus enemigos alcanzasen tanto bien, como les parecia que era venenos. Y cuando fuimos llegados, los que con nosotros iban saquearon á los otros; y como sabían la costumbre, primero que llegásemos escondieron algunas cosas; y después que nos hobieron rescebido con mucha fiesta y alegría, sacaron lo que habían escondido y viniéronnoslo á presentar, y esto era cuentas y almagra y algunas taleguillas de plata. Nosotros, segun la costumbre, dimoslo luego á los indios que con nos venian, y cuando nos lo hobieron dado, comenzaron sus bailes y fiestas, y enviaron á llamar otros de otro pueblo que estaba cerca de allí, para que nos viniesen á ver, y á la tarde vinieron todos, y nos trajeron cuentas y arcos, y otras cosillas, que tambien repartimos; y otro día, queriéndonos partir, toda la gente nos quería llevar á otros amigos suyos que estaban á la punta de las sierras, y decían que allí había muchas casas y gente, y que nos darian muchas cosas; mas por ser fuera de nuestro camino no quesimos ir á ellos, y tomamos por lo llano cerca de las sierras, las cuales creíamos que no estaban léjos de la costa. Toda la gente de ella es muy mala, y

teníamos por mejor de atravesar la tierra, porque la gente que está mas metida adentro, es mas bien acondicionada, y tratábanos mejor, y teníamos por cierto que halláramos la tierra mas poblada y de mejores mantenimientos. Lo último, hacíamos esto porque, atravesando la tierra, viamos muchas particularidades de ella; porque si Dios nuestro Señor fuese servido de sacar alguno de nosotros, y traerlo á tierra de cristianos, pudiese dar nuevas y relacion de ella. Y como los indios vieron que estábamos determinados de no ir por donde ellos nos encaminaban, dijéronnos que por donde nos queríamos ir no había gente, ni tunas ni otra cosa alguna que comer; y rogáronnos que estuviésemos allí aquel día, y así lo hicimos. Luego ellos enviaron dos indios para que buscasen gente por aquel camino que queríamos ir; y otro día nos partimos, llevando con nosotros muchos de ellos, y las mujeres iban cargadas de agua, y era tan grande entre ellos nuestra autoridad, que ninguno osaba beber sin nuestra licencia. Dos leguas de allí topamos los indios que habían ido á buscar la gente, y dijeron que no la hallaban; de lo que los indios mostraron pesar, y tornáronnos á rogar que nos fuésemos por la sierra. No lo quisimos hacer, y ellos, como vieron nuestra voluntad, aunque con mucha tristeza, se despidieron de nosotros, y se volvieron el rio abajo á sus casas, y nosotros caminamos por el rio arriba, y desde á un poco topamos dos mujeres cargadas, que como nos vieron, pararon, y descargáronse, y trajéronnos de lo que llevaban, que era harina de maíz, y nos dijeron que adelante en aquel rio halláramos casas y muchas tunas y de aquella harina; y así, nos despedimos de ellas, porque iban á los otros donde habíamos partido, y anduvimos hasta puesta del sol, y llegamos á un pueblo de hasta de veinte casas, adonde nos recibieron llorando y con grande tristeza, porque sabían ya que adonde quiera que llegásemos eran todos saqueados y robados de los que nos acompañaban, y como nos vieron solos, perdieron el miedo, y diéronnos tunas, y no otra cosa ninguna. Estuvimos allí aquella noche, y al alba los indios que nos habían dejado el día pasado dieron en sus casas, y como los tomaron descuidados y seguros, tomáronles cuanto tenían, sin que tuviesen lugar donde asconder ninguna cosa; de que ellos lloraron mucho; y los robadores para consolarles los decían que éramos hijos del sol, y que teníamos poder para sanar los enfermos y para matarlos, y otras mentiras aun mayores que estas, como ellos las saben mejor hacer cuando sienten que les conviene; y dijéronles que nos llevasen con mucho acatamiento, y tuviesen cuidado de no enojarnos en ninguna cosa, y que nos diesen todo cuanto tenían, y procurasen de llevarnos donde había mucha gente, y que donde llegásemos robasen ellos y saqueasen lo que los otros tenían, porque así era costumbre.

CAPITULO XXIX.

De cómo se robaban los unos á los otros.

Después de haberlos informado y señalado bien lo que habían de hacer, se volvieron, y nos dejaron con aquellos; los cuales, teniendo en la memoria lo que los otros les habían dicho, nos comenzaron á tratar con

aquel mismo temor y reverencia que los otros, y fuimos con ellos tres jornadas, y lleváronnos adonde había mucha gente; y antes que llegásemos á ellos avisaron cómo íbamos, y dijeron de nosotros todo lo que los otros les habían enseñado, y añadieron mucho mas, porque toda esta gente de indios son grandes amigos de novelas y muy mentirosos, mayormente donde pretenden algun interés. Y cuando llegamos cerca de las casas, salió toda la gente á recibirnos con mucho placer y fiesta, y entre otras cosas, dos físicos de ellos nos dieron dos calabazas, y de aquí comenzamos á llevar calabazas con nosotros, y añadimos á nuestra autoridad esta cerimonia, que para con ellos es muy grande. Los que nos habían acompañado saquearon las casas; mas, como eran muchas y ellos pocos, no pudieron llevar todo cuanto tomaron, y mas de la mitad dejaron perdido; y de aquí por la hald de la sierra nos fuimos metiendo por la tierra adentro mas de cincuenta leguas, y al cabo de ellas hallamos cuarenta casas, y entre otras cosas que nos dieron, hobo Andrés Dorantes un cascabel gordo, grande, de cobre, y en él figurado un rostro, y esto mostraban ellos, que lo tenían en mucho, y les dijeron que lo habían habido de otros sus vecinos; y preguntándoles, que dónde habían habido aquello, dijéronles que lo habían traído de hácia el norte, y que allí había mucho, y era tenido en grande estima; y entendimos que do quiera que aquello había venido, había fundicion y se labraba de vaciado, y con esto nos partimos otro dia, y atravesamos una sierra de siete leguas, y las piedras de ella eran de escorias de hierro; y á la noche llegamos á muchas casas, que estaban asentadas á la ribera de un muy hermoso rio, y los señores de ellas salieron á medio camino á recibirnos con sus hijos á cuestras, y nos dieron muchas taleguillas de margarita y de alcohol molido; con esto se untan ellos la cara; y dieron muchas cuentas, y muchas mantas de vacas, y cargaron á todos los que venian con nosotros de todo cuanto ellos tenían. Comian tunas y piñones; hay por aquella tierra pinos chicos, y las piñas de ellas son como huevos pequeños, mas los piñones son mejores que los de Castilla, porque tienen las cáscaras muy delgadas; y cuando están verdes, muelenlos y hácenlos pellas, y así los comen; y si están secos, los muelen con cáscaras, y los comen hechos polvos. Y los que por allí nos recibían, desque nos habían tocado, volvían corriendo hasta sus casas, y luego daban vuelta á nosotros, y no cesaban de correr, yendo y viniendo. De esta manera traíannos muchas cosas para el camino. Aquí me trajeron un hombre, y me dijeron que había mucho tiempo que le habían herido con una flecha por el espalda derecha, y tenía la punta de la flecha sobre el corazon; decia que le daba mucha pena, y que por aquella causa siempre estaba enfermo. Yo le toqué, y sentí la punta de la flecha, y vi que la tenía atravesada por la ternilla, y con un cuchillo que tenía, le abrí el pecho hasta aquel lugar, y vi que tenía la punta atravesada, y estaba muy mala de sacar; torné á cortar mas, y metí la punta del cuchillo, y con gran trabajo en fin la saqué. Era muy larga, y con un hueso de venado, usando de mi oficio de medicina, le di dos puntos; y dados, se me desangraba, y con raspa de un

cuero le estancué la sangre; y cuando hube sacado la punta, pidiéronmela, y yo se la di, y el pueblo todo vino á verla, y la enviaron por la tierra adentro, para que la viesen los que allá estaban, y por esto hicieron muchos bailes y fiestas, como ellos suelen hacer; y otro dia le corté los dos puntos al indio, y estaba sano; y no parescia la herida que le había hecho sino como una raya de la palma de la mano, y dijo que no sentía dolor ni pena alguna; y esta cura nos dió entre ellos tanto crédito por toda la tierra, cuanto ellos podían y sabían estimar y encarecer. Mostrámosles aquel cascabel que traíamos, y dijéronnos, que en aquel lugar de donde aquel había venido, había muchas planchas de aquello enterradas, y que aquello era cosa que ellos tenían en mucho; y había casas de asiento, y esto creemos nosotros que es la mar del Sur, que siempre tuvimos noticia que aquella mar es mas rica que la del Norte. De estos nos partimos, y anduvimos por tantas suertes de gentes y de tan diversas lenguas, que no basta memoria á poderlas contar, y siempre saqueaban los unos á los otros; y así los que perdían como los que ganaban quedaban muy contentos. Llevábamos tanta compañía, que en ninguna manera podíamos valerlos con ellos. Por aquellos valles donde íbamos, cada uno de ellos llevaba un garrote tan largo como tres palmas, y todos iban en ala; y en saltando alguna liebre (que por allí había hartas), cercábanla luego, y caían tantos garrotes sobre ella, que era cosa de maravilla, y de esta manera la hacían andar de unos para otros; que á mi ver era la mas hermosa caza que se podía pensar, porque muchas veces ellas se venian hasta las manos; y cuando á la noche parábamos, eran tantas las que nos habían dado, que traía cada uno de nosotros ocho ó diez cargas de ellas; y los que traían arcos no parecían delante de nosotros, antes se apartaban por la sierra á buscar venados; y á la noche cuando venian, traían para cada uno de nosotros cinco ó seis venados, y pájaros y codornices, y otras cazas; finalmente, todo cuanto aquella gente hallaban y mataban nos lo ponían delante, sin que ellos osasen tomar ninguna cosa, aunque muriesen de hambre; que así lo tenían ya por costumbre después que andaban con nosotros, y sin que primero lo santiguásemos; y las mujeres traían muchas esteras, de que ellos nos hacían casas, para cada uno la suya aparte, y con toda su gente conocida; y cuando esto era hecho, mandábamos que asasen aquellos venados y liebres, y todo lo que habían tomado; y esto tambien se hacia muy presto en unos hornos que para esto ellos hacían; y de todo ello nosotros tomábamos un poco, y lo otro dábamos al principal de la gente que con nosotros venia, mandándole que lo repartiase entre todos. Cada uno con la parte que le cabía venian á nosotros para que la soplásemos y santiguásemos, que de otra manera no osaran comer de ella; y muchas veces traíamos con nosotros tres ó cuatro mil personas. Y era tan grande nuestro trabajo, que á cada uno habíamos de soplar y santiguar lo que habían de comer y beber, y para otras muchas cosas que querían hacer nos venian á pedir licencia, de que se puede ver qué tanta importunidad recibíamos. Las mujeres nos traían las tunas y arañas y gusanos, y lo que podían haber;

porque aunque se muriesen de hambre, ninguna cosa habían de comer sin que nosotros la diésemos. E yendo con estos, pasamos un gran rio, que venia del norte; y pasados unos llanos de treinta leguas, hallamos mucha gente que de léjos de allí venia á recibirnos, y salían al camino por donde habíamos de ir, y nos recibieron de la manera de los pasados.

CAPITULO XXX.

De cómo se mudó la costumbre del recibirnos.

Desde aquí hobo otra manera de recibirnos, en cuanto toca al saquearse, porque los que salían de los caminos á traernos alguna cosa á los que con nosotros venian, no los robaban; mas después de entrados en sus casas, ellos mismos nos ofrescian cuanto tenían, y las casas con ello; nosotros las dábamos á los principales, para que entre ellos las partiesen, y siempre los que quedaban despojados nos seguían, de donde crecía mucha gente para satisfacerse de su pérdida; y decíanles que se guardasen y no escondiesen cosa alguna de cuantas tenían, porque no podía ser sin que nosotros lo supiésemos, y haríamos luego que todos muriesen, porque el sol nos lo decia. Tan grandes eran los temores que les ponían, que los primeros dias que con nosotros estaban, nunca estaban sino temblando y sin osar hablar ni alzar los ojos al cielo. Estos nos guiaron por mas de cincuenta leguas de despoblado de muy ásperas sierras, y por ser tan secas no había caza en ellas, y por esto pasamos mucha hambre, y al cabo un rio muy grande, que el agua nos daba hasta los pechos; y desde aquí, nos comenzó mucha de la gente que traíamos á adolecer de la mucha hambre y trabajo que por aquellas sierras habían pasado, que por extremo eran agras y trabajosas. Estos mismos nos llevaron á unos llanos al cabo de las sierras, donde venian á recibirnos de muy léjos de allí, y nos recibieron como los pasados, y dieron tanta hacienda á los que con nosotros venian, que por no poderla llevar, dejaron la mitad; y dijimos á los indios que lo habían dado, que lo tornasen á tomar y lo llevasen, porque no quedase allí perdido; y respondieron que en ninguna manera lo harían, porque no era su costumbre, después de haber una vez ofrescido, tornarlo á tomar; y así, no lo teniendo en nada, lo dejaron todo perder. A estos dijimos que queríamos ir á la puesta del sol, y ellos respondiéronnos que por allí estaba la gente muy léjos, y nosotros les mandábamos que enviasen á hacerles saber cómo nosotros íbamos allá, y de esto se excusaron lo mejor que ellos podían, porque ellos eran sus enemigos, y no querían que fuésemos á ellos; mas no osaron hacer otra cosa; y así, enviaron dos mujeres, una suya, y otra que de ellos tenían captiva; y enviaron estas porque las mujeres pueden contratar aunque haya guerra; y nosotros las seguimos, y paramos en un lugar donde estaba concertado que las esperásemos; mas ellas tardaron cinco dias; y los indios decían que no debían de hallar gente. Dijímosles que nos llevasen hácia el norte; respondieron de la misma manera, diciendo que por allí no había gente sino muy léjos, y que no había qué comer ni se hallaba agua; y con todo esto, nosotros porfiamos y dijimos que por allí queríamos ir, y ellos

todavía se excusaban de la mejor manera que podían, y por esto nos enojamos, y yo me salí una noche á dormir en el campo, apartado de ellos; mas luego fueron donde yo estaba, y toda la noche estuvieron sin dormir y con mucho miedo y hablándome y diciéndome cuán atemorizados estaban, rogándonos que no estuviésemos mas enojados, y que aunque ellos supiesen morir en el camino, nos llevarían por donde nosotros quisiésemos ir; y como nosotros todavía fingíamos estar enojados y porque su miedo no se quitase, sucedió una cosa extraña, y fué que este dia mesmo adolecieron muchos de ellos, y otro dia siguiente murieron ocho hombres. Por toda la tierra donde esto se supo hobieron tanto miedo de nosotros, que parecia en vernos que de temor habían de morir. Rogáronnos que no estuviésemos enojados, ni quisiésemos que mas de ellos muriesen, y tenían por muy cierto que nosotros los matáramos con solamente quererlo; y á la verdad, nosotros recibíamos tanta pena de esto, que no podía ser mayor; porque, allende de ver los que morían, temíamos que no muriesen todos ó nos dejasen solos, de miedo, y todas las otras gentes de ahí adelante hiciesen lo mismo, viendo lo que á estos había acontecido. Rogamos á Dios nuestro Señor que lo remediase; y así, comenzaron á sanar todos aquellos que habían enfermado, y vimos una cosa que fué de grande admiracion, que los padres y hermanos y mujeres de los que murieron, de verlos en aquel estado tenían gran pena; y después de muertos, ningun sentimiento hicieron, ni los vimos llorar, ni hablar unos con otros, ni hacer otra ninguna muestra, ni osaban llegar á ellos, hasta que nosotros los mandábamos llevar á enterrar, y mas de quince dias que con aquellos estuvimos, á ninguno vimos hablar uno con otro, ni los vimos reír ni llorar á ninguna criatura; antes porque una lloró, la llevaron muy léjos de allí, y con unos dientes de raton agudos, la sajaron desde los hombros hasta casi todas las piernas. E yo viendo esta crueldad, y enojado de ello, les pregunté que por qué lo hacían, y respondieron que para castigarla porque había llorado delante de mí. Todos estos temores que ellos tenían, ponían á todos los otros que nuevamente venian á conocernos, á fin que nos diesen todo cuanto tenían, porque sabían que nosotros no tomábamos nada y lo habíamos de dar todo á ellos. Esta fué la mas obediente gente que hallamos por esta tierra, y de mejor condicion; y comunmente son muy dispuestos. Convalescidos los dolientes, y ya que había tres dias que estábamos allí, llegaron las mujeres que habíamos enviado, diciendo que habían hallado muy poca gente, y que todos habían ido á las vacas, que era en tiempo de ellas; y mandamos á los que habían estado enfermos, que se quedasen, y los que estuviesen buenos fuesen con nosotros, y que dos jornadas de allí, aquellas mismas dos mujeres irían con dos de nosotros á sacar gente y traerla al camino para que nos recibiesen, y con esto, otro dia de mañana todos los que mas rescios estaban partieron con nosotros, y á tres jornadas paramos, y el siguiente dia partió Alonso del Castillo con Estebanico el negro, llevando por guia las dos mujeres, y la que de ellas era captiva los llevó á un rio que corria entre unas sierras donde estaba un pue-